

2.1

Lucio y Scott partían a las doce para Londinium. Antes yo tenía que ultimar en la oficina los pormenores de la presentación que se iban a llevar. Una vez rematada, quedaría con ellos y se la entregaría en algún punto de Matrice en dirección al aeropuerto; en último extremo, en el propio aeropuerto. Necesitábamos encontrar financiación para la puesta en marcha de nuestro proyecto de *Comunicación Cifrada Inteligente*. Teníamos ya a veinte personas comprometidas en él y no podíamos mantenerlas en vilo y desocupadas por mucho más tiempo.

Nuestra necesidad de liquidez era tal, que habíamos aparcado el compromiso con nuestros socios habituales y nos habíamos lanzado a buscar financiación en el exterior. De algo habrían de servirnos los contactos con todos esos fondos de inversión extranjeros que siempre se habían mostrados tan interesados en nuestros productos. En tanto se decidían las empresas de siempre, nada perdíamos mostrando el proyecto por ahí, aunque tuviéramos que enfrentarnos a grupos de potencial mucho mayor, grupos que manejaban un nivel de exigencia desconocido hasta entonces para nuestra empresa. Pero, quién sabía si el proyecto podía llegar a interesarles realmente y, entonces sí, habríamos dado un buen golpe. Estaríamos en condiciones de negociar regalías por primera vez ventajosas para nosotros, los creadores. A las que habría que añadir los incentivos a la productividad, cuando no las gratificaciones tan al uso entre ejecutivos.

–Estas gentes no se andan con chiquitas, ¿sabéis? Son muy puntillosos con el trabajo pero, si algo les gusta de verdad, apuestan por ello desde el principio –

les repetía a mis compañeros para animarlos-. No permiten que una panda de advenedizos les quite la tajada de las manos.

Yo fui quizás quien con mayor ahínco defendí ante los consejeros de nuestra empresa la posibilidad de salir afuera con el proyecto y, la verdad, la idea no fue muy bien recibida por el Consejo de Administración. De modo que tenía el máximo interés en que los primeros contactos resultasen, si no del todo exitosos, sí cuando menos esperanzadores. Que nos generasen nuevas expectativas, ese era en esencia mi propósito. Lucio y Scott llevaban una versión esquemática del proyecto que veníamos modelando desde hacía meses en la recién constituida División de CCI. En los últimos días habíamos trabajado intensamente en la corrección de pequeños defectos en la presentación. Solo restaba finiquitar algunos detallitos de última hora y estaría lista para impresionarlos. Mi misión aquel día era presentarme lo antes posible en la oficina para verificar que los defectos se habían subsanado, realizar las gestiones finales del viaje y facilitarles a Lucio y Scott la nueva copia antes de su partida.

Como bien había previsto, el despertador me zarandeó a las seis y media de la madrugada con sus salvas proyectadas a mi sistema nervioso. Al ir a levantarme, sentí con irritación un balbuciente malestar en la garganta, y aún más abajo, en los pulmones. Apenas le di trascendencia. Eran las mismas molestias que me impedían dormir desde hacía años. Me incorporé como siempre en días así: de un puro espasmo corporal. Una especie de latigazo que me arrojaba de la cama y me conducía directamente al aseo. Me duché con apremio, me vestí al galope, devoré dos o tres magdalenas acompañadas de un café recalentado y, sin más, tomé el coche en dirección a la oficina. Por el trayecto, me encendí el primer cigarrillo del día. Tuve suerte de no encontrar mucho atasco y pude conducir de forma mecánica. Mi mente viajaba zambullida en un mar de cálculos cuya ordenación planteaba todo tipo de escenarios.

Al llegar a la sede de la compañía, los vigilantes se sorprendieron de verme a esas horas. Nunca acostumbraba a ir tan temprano. Traspasé con mi tarjeta el

torno mecánico reservado para los empleados y los saludé fugazmente. La mañana estaba fresca, servida en una envoltura de cristales azules a juego con la fachada de nuestro edificio. Al subir las escaleras hasta la planta primera, noté cierta opresión en el pecho, como un jadeo punzante. Eso era nuevo, pero no quise preocuparme, tenía mucho que hacer. En el despacho me esperaba Cristina, mi secretaria, a quien, a juzgar por sus movimientos poco despabilados, le había costado tanto madrugar como a mí. Nos pusimos al tajo de inmediato, apenas consumimos cinco minutos en hacernos un café y fumarnos un pitillo a escondidas en el balconcillo de nuestra planta. Mientras repasaba en mi agenda electrónica los puntos a abordar, ella me iba confirmando detalles respecto a Lucio y Scott:

–Parten exactamente a las doce y veinte de la T4, salidas internacionales–. Anoté el número de vuelo.

–Gracias, cielo. Me temo que me tocará acercarlos la copia al aeropuerto.

Cristina había conectado los ordenadores así que examiné de nuevo la presentación. Punto por punto, revisé los aspectos conflictivos que previamente habíamos registrado. Parecían todos en orden, la intensa sesión de la noche anterior había resultado provechosa. Tan solo quedaba por pulir un defectito en unas imágenes del bloque de simulación. Le pedí su opinión.

–Hombre, yo no lo veo mal, pero tampoco soy yo la persona más apropiada... ¿Por qué no esperas a que llegue Manfred y el resto del grupo? Deben de estar al caer.

Le hice caso. Casi sin darnos tiempo para más, Manfred entraba en la oficina y colgaba su gabardina de uno de los percheros que flanqueaban la puerta. A los pocos minutos, la gran sala de la División de CCI estaba repleta de abrigo y funcionando a pleno rendimiento. Los ordenadores operando en red, los cafés desprendiendo su aroma, Ricardo, J.J. y el resto compartiendo archivos e información... aquello ya estaba en marcha.

-Manfred, necesito que arregléis la renderización de la escena quinta. Por favor, haced todo lo posible. Si a las diez no habéis sido capaces, lo dejáis tal y como está y hacemos copias del máster. ¿Me oyes?

-No te preocupes, eso está hecho -me aseguró.

Manfred era el genio y alma máter del proyecto. Su genialidad no era tanta en el campo de la programación, cuanto en el de la informática estrictamente práctica. Él era, según se quiera bautizar, el *sastre* o *apagafuegos* del grupo, al que acudíamos siempre en caso de urgencia. Él, quien nos sacaba del apuro cuando ya parecía que no había solución. Si decía que podía solucionar algo, era cierto en el noventa y nueve por ciento de los casos; y si decía que no, o se mostraba inseguro respecto a sus posibilidades, entonces mejor olvidarlo. Eso quería decir que nadie podía remendarlo en toda la empresa. Era una suerte extraordinaria contar con él en la División de CCI y que los jefes no lo hubieran destinado a otra área. A su vez, indicativo de la relevancia que otorgaban a nuestro proyecto en detrimento de otros. Teníamos que sentirnos contentos, si bien, en días de agobio como aquel, no había tiempo para tales consideraciones. Lo único importante era sacar adelante la renderización de la quinta escena y generar la copia. Manfred y sus chicos se pusieron manos a la obra, en tanto que Cristina y yo revisábamos la agenda.

-Parece todo en orden. Llegan hoy a la una y media, hora local, a tiempo para almorzar con el gestor júnior ejecutivo de NTC. Pasan la tarde con él y mañana se entrevistan con los consejeros de Pulman Technologies. ¿Les has anotado sus números de móvil? ¿Y los nombres? Queda fatal eso de no tener ni idea de a quién te estás dirigiendo... ¿Saben los de NTC la hora exacta a la que llegan? Me dijeron que se la confirmásemos por correo electrónico para que enviaran a alguien a recogerlos. ¿Y el hotel? ¿Les mandaste fax para confirmar las habitaciones? ¿Sí? Perfecto, estás en todo. ¿A que no sabes lo que se nos ha olvidado? Algo de efectivo para que no pierdan tiempo al llegar allí. Bueno, ya se las arreglarán. Si no, les diré que carguen todos los gastos a cuenta de la empresa,

aunque estos dos me dan miedo con los restaurantes, no se privan de nada. ¿Llevan las tarjetas restringidas, verdad? Vale, de acuerdo, vamos a echarle el último vistazo a la memoria.

Cristina se fue al estante reservado de mi despacho, de cuya parte inferior extrajo una carpetilla, y de ella, un par de copias de la memoria. Recién traducida, sintetizaba a la perfección los objetivos del proyecto, la fase en que nos encontrábamos y el punto de desarrollo que pretendíamos alcanzar en los próximos meses. Todo muy serio, convenientemente aderezado con gráficos explicativos y sus plazos de ejecución. Un magnífico anticipo de nuestro proyecto, aunque tal vez nuestras pupilas no fueran las más objetivas. A través de sus escasos cincuenta folios, ya casi se respiraban los radicales avances que en materia de comunicación digital inteligente proponíamos. Por fin un gran paso en un campo en el que pocos progresos se habían realizado desde las fichas perforadas y el posterior intercambio electrónico de datos. Nuestra propuesta hacía posible la comunicación inteligente y precisa, exclusivamente a través de los dispositivos digitales, de gigantescos paquetes de información, siendo aplicable a casi todas las esferas de la actividad humana. Miles y miles de datos, diligencias, formularios, tramitaciones, procedimientos administrativos, así como los más dispares mecanismos de comunicación entre empresas y particulares, podían ser ahora procesados y transmitidos en un santiamén. Información cifrada, normalizada y segura que los dispositivos se encargarían de decodificar punto por punto. Una factura o un pliego de condiciones por ejemplo, con todas sus cargas de información, se ejecutarían en modelos previamente perfilados y se traducirían al instante a datos numéricos que las empresas transferirían por vía interna. Lo que significaba no recurrir ya jamás al engorro y la indeterminación del correo electrónico, ganando además en rapidez, algo que parecía imposible. Sin duda, una revolución en el campo de la comunicación automatizada. Nuestra propuesta estaba ahí, desafiante, disponible para ser examinada por cualquier experto y, estábamos convencidos, para salir bien parada del envite. No tendría que pasar

mucho tiempo para que la ansiada financiación nos lloviera y las empresas más avanzadas del ramo se pisotearan por hacerse con nuestra licencia. Pero aquel no era momento para glosar todos los logros que estábamos a punto de conseguir. Le di el visto bueno a la memoria y me acabé el café que hacía más de una hora me había servido. Estaba asqueroso.

-¡Cristina! -exclamé desde mi despacho-. ¿Me puedes decir la hora exacta que es? ¿Las nueve y trece? Okey, es que me pierdo con este reloj de aguja que me habéis puesto. La mitad de los días se atrasa.

-¡Oye, Manfred! -volví a gritar-, ¿cómo vais con el rénder? ¿marcha o no marcha? De acuerdo, confío en ti, lo sabes. A las diez avísame y lo grabamos, que no se me pase.

Los chicos trabajaban a buen ritmo. Me puse en contacto con Scott. Todavía estaba en su domicilio, no le quedaba más que cerrar la valija, en la que, según me aseguró, había metido todo lo necesario.

-No se me olvida nada, tú tranquilo. Lo único: la copia de la presentación. Oye, ¿cómo quedamos? -me preguntó circundado por un ruido ensordecedor que quise reconocer como el de su maquinilla de afeitar.

-Vamos a ver... -miré mi reloj y calculé la hora un poco al vuelo-. Manfred le está dando las últimas pinceladas al asunto. Por ahora no hay problema, aunque pienso que lo mejor es quedar los tres directamente en el aeropuerto, ¿no crees? Cristina me confirma que salís a las doce y veinte, así que dame un poco de tiempo... ¿Qué os parece a las once en el punto de encuentro de la T4? Mejor a y cuarto, para no pillarnos los dedos.

Me respondió que no había problema y me despedí indicándole que se pusiera en contacto con Lucio. Todo parecía ir sobre ruedas. Me tomé un pequeño descanso para fumarme otro pitillo sin que nadie me viera en el balconcillo. Al hacerlo, comprobé que algo seguía descontrolado dentro de mí. Continuaba sin respirar bien. Los pulmones se me encogían a ratos y no había dejado de notar esa leve punción en el pecho. Tuve que apagarlo y volverme a la

sala. Entre tanto, Manfred y sus chicos habían concluido la renderización con éxito aparente. Vinieron a buscarme para que les diera el visto bueno. La visionamos por última vez. Eran casi las diez cuando acabamos.

–¡Perfecta, está perfecta! ¡A grabarla, muchachos!

Empezaba a hacer calor en la sala. Le rogué a Cristina que bajara la calefacción. Ya se había caldeado y no había necesidad de tenerla tan fuerte. Si por ella fuera, la habría mantenido a todo trapo y los demás nos hubiéramos fundido. Convirtiéndome en portavoz improvisado del resto, como buen jefe que se precie, le pedí que la pusiera más baja de lo normal, que así trabajaríamos mejor, sin tanto *sofoco*, recuerdo que le dije. No sé hasta qué punto la palabra la pronuncié conscientemente o fue un reflejo involuntario de cómo me encontraba aquel día. Lo cierto es que, desde que me levantara a las seis y media, no había dejado de sentirme mal, ahogado, presa de una fuerte irritación que me fustigaba los pulmones. El malestar se agudizó cuando Manfred entró en mi despacho y me comunicó el primer contratiempo de la mañana.

–Creo que hay problemas con la grabación, Markus.

–No me digas eso –le respondí cariacontecido.

Fui corriendo hacia el ordenador donde se encontraba el máster y desde el cual habían intentado por tres veces consecutivas efectuar la grabación en nuestro disco duro portátil. Lo intentaron otra vez conmigo delante sin que, por buena lógica, mi presencia sirviera para infundir buen tino a la máquina. Manfred me miraba consternado y yo no sabía qué decirle. Lo único que se me ocurrió era que probaran con otro tipo de soporte, aunque fuera menos vistoso. Manfred puso objeciones:

–Markus, hemos planteado toda la presentación desde el principio para el disco duro. ¿Me pides que, en poco más de quince minutos, la cambie de arriba a abajo para meterla en un DVD o en un *pendrive*? Es materialmente imposible. No me puedes pedir eso a última hora, lo sabes.

Se puso a revisar parámetros del programa de grabación para localizar el fallo. Hizo varios retoques sin resultado. Por otras cuatro o cinco veces fuimos testigos de la aparición del odioso mensajito de error en la pantalla. Yo no podía creérmelo. Que hubiéramos trabajado como locos todas las semanas anteriores para que al final la cosa se viniera al traste por una adversidad tan absurda... Sabía que Lucio y Scott llevaban una copia de la anterior sesión de trabajo, que habíamos tenido la cautela de facilitarles, pero eso no me servía de consuelo.

–Seguid intentándolo –los exhorté–, voy a ver si pillo a Scott de camino.

El móvil de Scott no aparecía disponible, al igual que el de Lucio. Seguro que ya estaban en el metro, pensé. En los cinco minutos siguientes no dejé de llamarlos hasta que por fin me respondió Lucio. Le conté lo sucedido y el cambio de planes que nos forzaba a tomar. Me esperarían en el punto de encuentro de la terminal hasta las once y media. Si a esa hora yo no había llegado, facturarían y me esperarían allí, junto a la puerta comunicante con la zona de embarque. Llegado el extremo de tener que embarcar sin que yo hubiera dado señales de vida, lo harían. Eso significaría que no habríamos sido capaces de generar una copia actualizada de la presentación y que viajarían con la antigua. Me cercioré por activa y por pasiva de que efectivamente no se la olvidaban. Mi exceso de preocupación fue rebatido por una tanda de quejidos a modo de *síes* por parte de Lucio. Me tranquilicé y di por concluida la llamada. Justo en ese instante, Manfred entraba de nuevo en mi despacho y, después de mirarme durante varios segundos en espectral silencio, me dijo:

–La copia se está grabando, camarada. Me las he ingeniado para apañar un sistema de grabación indirecto. Es algo más lento, aunque parece que funciona.

–¿De veras? Si es así Manfred... creo que te quiero –bromeé.

En poco más de diez minutos la copia estaba calentita en mis manos. Agarré el disco duro con aprehensión, le pegué la etiqueta de la empresa y salí pitando hacia el coche.

–¡Cristina! No me pases ni una sola llamada al móvil que no sea de Lucio o Scott. Cualquiera otra persona, simplemente, no existo –grité desde la puerta–. ¡Chao!

El coche arrancó con soltura. Sin apenas quejarse por abandonar con tanta premura su grato refugio, se arrojó a las concurridas calles de Matrice en dirección al aeropuerto. El tiempo corría en nuestra contra. El itinerario que marcaba mi callejero GPS me abocaba a un tapón en torno a nuestro edificio, por lo que tomé un desvío que hacía intuir un tráfico más fluido. En pocos minutos había dejado atrás el entramado ortogonal en que me hallaba atrapado y me arrojé a la gran torrentera de la M-40, el temible segundo anillo de la ciudad. Al ir a incorporarme a su cauce, comprobé que la circulación no era ni mucho menos ligera, sino todo lo contrario, bastante lenta. Los vehículos transitaban torpe y pesadamente, a paso de cabalgata. En el hacinado asfalto se respiraba un ambiente de morosidad, de tensión apenas disimulada. Chasquidos, hedores neumáticos y gravas despedidas por cientos de camiones daban la verdadera imagen de aquella emboscada. Comencé a ponerme nervioso. Conecté la radio pero pronto la apagué pues cantaban la hora cada dos por tres. Puse algo de música de la que llevaba en la guantera. Me encendí otro cigarrillo. Lo apagué. Ninguna de estas medidas sirvió para aplacar mi nerviosismo. Pasaban los minutos y no avanzábamos nada.

Al cabo de un buen rato, divisé a lo lejos unos pilares de hormigón que cubrían un trecho de la calzada a su paso por un populoso barrio de las afueras. Ese hito paisajístico anunciaba la proximidad del desvío al aeropuerto. Habían levantado aquella bóveda brutal, no sé hasta qué punto realmente bien planteada, para matar el ruido que los vecinos sufrían junto a sus casas. Un ruido que jamás les dejaba tranquilos porque les entraba a todas horas por las ventanas. Cerradas o no, invadía sus casas y les taladraba las neuronas. Cuando dejé atrás aquella desmesura de hormigón, resoplé por partida doble. El desvío al aeropuerto iba mucho mejor de tráfico que la impredecible M-40, sin embargo, el reloj del salpicadero me recordaba lo tarde que se me había hecho. Las once y cuarto

cuando precipité mi vehículo en el aparcamiento gigantesco de la nueva terminal. A, B, C, D, E, F: seis módulos contiguos de dimensiones tan desproporcionadas como sus distintivos en mayúsculas de colores. Me recibieron con una barrera electrónica y un tique de pago a franquear luego en salida. Elegí al azar el módulo B. Como era de esperar, no encontré sitio de primeras y tuve que dar vueltas. Subí un par de niveles hasta dar con un hueco no muy alejado. Echando el freno de mano, salí a la carrera del coche.

En el largo trecho entre el aparcamiento y la nueva terminal, hábilmente salpicado de obstáculos, sentí de nuevo los ataques que me habían perseguido durante toda la mañana. Su intensidad amenazaba con entrecortarme la respiración. Me determiné a no prestarles atención, del mismo modo que me había decidido a no mirar más el reloj. Estaba al límite del tiempo y no quería perder energías en comprobaciones inútiles. Confirmarlo no me ayudaba en nada, al contrario, me agobiaba aún más, así que subí en el ascensor, recorrí los pasillos rodantes, sorteé las escaleras mecánicas y mantuve la carrera todo el rato. Al otro lado me esperaba la nueva terminal con su diseño ciclópeo, diáfano y audaz. Pronto accedí a ella y un chorro de luz me asaltó proveniente de las linternas de su cubierta, con forma de ola kilométrica. El gran cuerpo longitudinal me deslumbró una vez más con su esqueleto de perchas inclinadas de hormigón, sus muros-cortina de cristal y sus recubrimientos de aluminio y bambú. En el exterior, los aviones se acoplaban a los diques como enormes aves de metal. Una estampida de viajeros que partía al tren lanzadera me zarandeó y estuve a punto de perder la verticalidad.

Recuperado de la impresión, miré a izquierda y derecha en busca del punto de encuentro. No lo descubrí a simple vista. Mi mirada se perdía en el vasto trazado del edificio sin abarcar sus extremos, continuamente interrumpida por los cañones de luz y por el tráfico de maletas, carritos y viajeros entre las toberas gigantes de climatización. Por momentos me sentí abrumado. Recobré ese dolor que me descomponía por dentro y que me impedía pensar con claridad. Mi

respiración se había transformado de pronto en un estertor convulso. El pulso se me había disparado con la carrera y las sienes me ardían cincelando un craquelado de venas. Un sudor gélido me inundaba la frente. Tiré por uno de los lados, no recuerdo con exactitud por cuál. A cada paso miraba los carteles colgados de la cubierta e iba tropezándome con el gentío que peleaba por encontrar su mostrador de facturación. Me dolía todo el cuerpo, no podía avanzar. La cabeza comenzó a darme vueltas y sentí un mareo repentino, un bajón tremendo, incontrolable. Luego ya solo recuerdo la sensación de desplome y la vista nublada.

Me dijeron que me encontraron de bruces contra el suelo, con un corrillo de gente arremolinado en torno a mí, y con la luz de uno de los lucernarios encañonándome y aplastándome más aún contra el piso, dibujando en torno a mí un contorno elíptico levemente azul.